

Persistencia de un mito:

Drácula, príncipe de las tinieblas

Eduardo Haro Ibars



EL Conde Drácula, Príncipe de las Tinieblas —título que pertenecía al Diablo hasta que el director inglés Terence Fisher se lo adjudicó a su héroe en una de las producciones de «Hammer films»— es un mito romántico, tal vez el último. Nacido literariamente en 1897, de la pluma de Bram Stoker, ha llevado desde entonces una existencia agitada: ha concurrido los teatros y los cines, ha entrado en galerías de arte surrealistas, e incluso, ha tenido su lugar preferente en conciertos de «rock». Gracias a la magia de los medios de comunicación de masas se ha convertido en el símbolo universal de todo lo perverso y en el arquetipo del vampiro. Ha dejado de ser un personaje de ficción, una fantasía hecha de sombras y palabras, para convertirse en parte integrante de nuestras vidas. Ahora, hace muy poco, ha vuelto a aparecer entre nosotros en teatro, encarnado por José Luis Pellicena. La adaptación que aquí se nos ofrece es fiel a la que se estrenó en 1927 en Broadway: una adaptación condensada de la novela, de la que eran autores Hamilton Deane y John L. Balzers, y que interpretaba Bela Lugosi. Tal versión no recrea el ambiente entre gótico y moderno de Stoker, sino que se sitúa en un ambiente más moderno, y refleja las angustias y la crisis de una sociedad que va perdiendo poco a poco la razón; no en vano transcurre la mayor parte de la acción en un manicomio; no en vano son la Locura y la Muerte sus protagonistas, la Locura y la Muerte, que acompañan siempre a la sugestiva imagen del Vampiro.

EL VAMPIRO, SU CLASE Y CONDICION

La palabra castellana **vampiro**, se deriva del húngaro **upir**, y este vocablo viene a la vez de una lejana raíz persa o turania. Designa a un tipo especial de hechicero que sobrevive a la tumba —su morada—, y que infesta desde ella la sociedad de los vivos, sobre la sangre de sus parientes y amigos, difunde la Peste —la temida Peste del Medioevo, bajo cuyo nombre tan mágico y temible como el del vampiro se agrupan diversas enfermedades, entonces mortales— y, en general, molesta y destruye el orden establecido en el mundo. Es difícil trazar su historia —su leyenda, si así lo prefieren los escépticos—, pues se trata de un personaje común a todas las civilizaciones, presente entre nosotros desde la prehistoria bajo distintos nombres, formas y avatares. Representa a la muerte —o al muerto, que es imagen de la Muerte—, que viene a reclamar su presa, a arrastrar a los vivientes a sus dominios oscuros. Existió en China, en la India, en la **América precolombina**; incluso he podido encontrar trazas de estos seres en Filipinas: un pue-

blo entero de vampiros que allí llaman «berbalang», y que están dotados de características muy especiales.

En cuanto al vampiro nuestro, al vampiro europeo tal como lo ha popularizado la literatura de terror, viene de Turquía: lo traen los turcos que invadieron la Europa Central, y su sombra se esparce por Hungría, Bulgaria, Albania, toda la región balcánica y Grecia. Concretamente, es en la neblinosa región de la Transilvania donde el vampiro tiene su morada. Se le llama brukolak, en Grecia; vurdalak, en la Servia —un vampiro éste, muy especial, que sólo ataca a sus familiares y amigos—; nosferat, en ciertas regiones de Alemania... En España no hubo vampiros, porque tampoco hubo turcos; eso sí, ha habido brujas que chupan la sangre de los niños —la extraen, preferentemente, de las ingles, lo que tienen unas evidentes connotaciones sexuales—, y el famoso «sacamantecas» ya muy posterior, con el que las madres meten miedo a sus hijos: personaje éste corruptor de infantes, a quienes secuestra para sacarles sangre, grasa o semen. Pero los no-muertos —según la fórmula de Stoker— como tales, sólo se manifiestan entre



El vampiro encarna a la pesadilla; es una especie de hecicero que sobrevive a su paso por la tumba, de la que sale para turbar el sueño de los vivos, robándoles la sangre y otros fluidos vitales de los que se alimenta. Goya plasma muy bien su actividad, en este fragmento de un grabado.

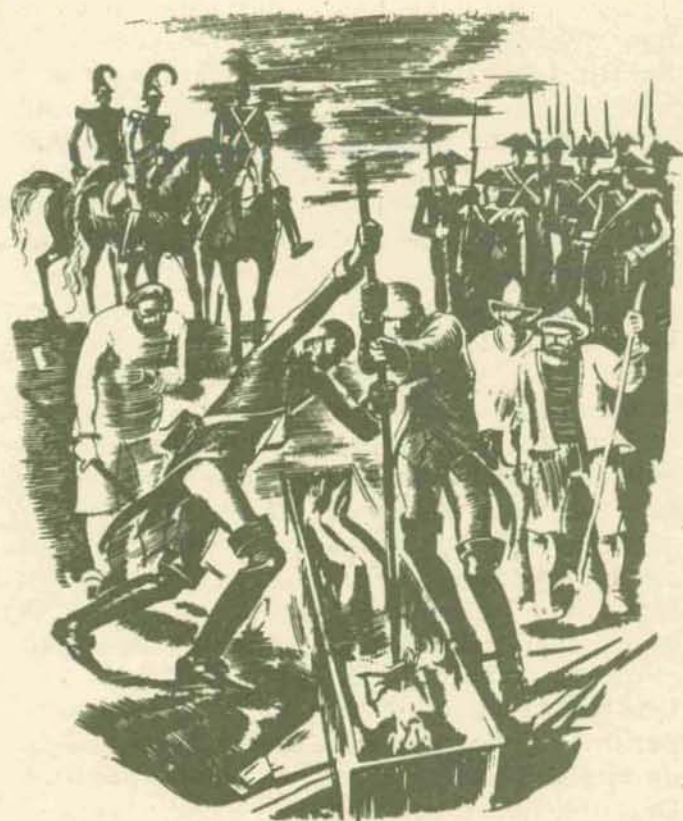
nosotros en su condición de almas en pena, solicitando misas en vez de sangre. Los árabes nos trajeron sus gúls, que no son verdaderos vampiros, aunque se alimenten de sangre y carne humana y habiten cementerios y ruinas; celtas y romanos dieron pie a la leyenda del hombre lobo, que aún infesta los bosques de Galicia, y las pocas brujas que hemos tenido —en España se quemaron muy pocas; la Inquisición vio una fuente de ingresos más saneada en los procesos contra herejes, moriscos y judaizantes— nos vienen directamente de la Antigüedad pagana o de ciertos cultos matriarcales del País Vasco.

La plaga del vampirismo en Europa se extiende desde finales del siglo XV hasta las postrimerías del XVIII. Y es una plaga importante: tanto, que el ilustrado abate Calmet hace un informe sobre ellos, y que el mismo Voltaire tiene que escribir que el vampiro es aquel que se sienta en los tronos y ocupa sillas arzobispales, y no un muerto sediento de sangre en su tumba.

Todo un folklore mágico se ha establecido en torno a estos habitantes de la huesa. Para protegerse contra ellos, son necesarios amuletos muy especiales: en algunos lugares, lo indicado es el perfume del ajo; en otros, las rosas salvajes; siempre la cruz, pues el vampiro es musulmán de origen, aunque luego esto se irracionalice más y se haga de él un cuerpo



Los gúls, vampiros de la leyenda árabe, no son precisamente muertos que regresan: se trata más bien de seres sobrenaturales de esencia demoníaca, una de cuyas actividades es la de bebedores de sangre, pero que tienen también otra amplia gama de bromas macabras.



Hay muchas formas de matar a un vampiro, y una de ellas es la que observamos en el grabado: a la luz del día, sorprendido en su ataúd, se atraviesa su corazón con una afilada estaca de madera. Conviene, para mayor precaución, cortar después la cabeza.

poseído por el Malo. Para acabar con él hay muchos métodos, popularizados muchos de ellos por el cine: atravesar su cuerpo con una estaca de madera, cortarle la cabeza, e incluso —en el caso de vampiro recalcitrante, que vuelve a pesar de los severos tratamientos antes indicados— quemar su cuerpo, para que el Espíritu que lo habita no tenga donde aposentarse. El vampirismo es algo contagioso, como una enfermedad venérea: quien sufre los ataques de uno de estos monstruos sigue su sino fatal, y está condenado a levantarse por las noches para tomar de otros el líquido vital y continuar propagando la enfermedad de la vida tras la muerte.

Nuestro vampiro turco-europeo es la encarnación ya refinada, pasada por una serie compleja de ciclos folklóricos, de una serie de ideas mítico-referenciales: ante todo es el Muerto que regresa, el ser humano convertido en Otro, enajenado, y a quien incluso sus más próximos parientes temen, como a esa otra figura o sema mítico que es el Loco. De sus características sexuales resulta casi innecesario hablar, por lo obvias: es el que pervierte. Llama a sus víctimas con voz suave, durante la noche; a veces es el marido fallecido, que regresa de la tumba para acostarse con su mujer; otras, es un amigo muy querido cuyo fallecimiento se ig-

nora, el que penetra al amparo de la sombra en un hogar, y allí seduce a todos sus habitantes. Viene siempre de noche y fascina a quien le acoge. Recoge la sangre, ese líquido mágico por excelencia, donde —desde los evangelios lo saben los cristianos— reside la mítica. No es, como han interpretado últimamente aficionados a la sociología que se basa tan sólo en la figura novelesca del Conde Drácula, un ser perteneciente a la clase más elevada, dedicado a chupar la sangre del pueblo; por el contrario, se trata casi siempre de alguien que nos es muy cercano, de un compañero o de un pariente, convertido en otra cosa al traspasar el umbral oscuro e impreciso que separa a los vivos de los muertos. La Muerte, la Locura y el Sexo se encarnan en su figura tenebrosa, a la vez atractiva y repugnante como un sueño infantil. Se trata de un personaje tan rico en símbolos y en sugerencias como el de Edipo; y es extraño que un detective imaginativo como Freud no lo haya estudiado; el complejo de vampiro/vampirizado —ambos extremos van siempre juntos, como en el sado-masojismo— está presente en todos los humanos. O, al menos, tan presente como el famoso complejo de Edipo.

ALGUNOS VAMPIROS HISTORICOS

El Vampiro no está sólo presente en el folklore, en la leyenda y en la literatura, sino que vive también en las páginas de la Historia. No es ya



Nuestro vampiro turco-europeo encarna la Locura, la Muerte y el Sexo, los tres temores más antiguos del hombre. Su figura es a la vez atractiva y repugnante, como un sueño infantil. Jean Souillet, en esta ilustración para «Drácula» lo muestra como un horror bastante atractivo.

el muerto que anda, el no-muerto; pero sí el ser que encarna, con la ecuación utilizada antes, la muerte, la locura y el sexo, todo en la misma persona. Héroe cuyas vidas legendarias han sido tomadas después por románticos y decadentistas para encarnar sus sueños, pero que tuvieron una existencia real y una personalidad fijada en libros y documentos de su época.

El primero de ellos, por orden de antigüedad y tal vez de atrocidad, es Gilles de Laval, señor de Rais y Mariscal de Francia. Dicho caballero de humor melancólico vivió a principios del siglo XV; de hecho, nació con el siglo, en el año 1400. Fue compañero y amigo de Juana de Arco, luchó junto a ella, junto a la bruja cuya secreta historia nos revela el escritor americano Philip J. Farme en «La imagen de la bestia», y se retiró pronto a su castillo del sur. Joris Karl Huysmans nos lo presenta en su decadente novela «Lá-Bas», como a un hombre del Renacimiento que hubiera nacido antes de tiempo: amante de la música, de los raros tapices moriscos y de las bellas artes, dispendió su cuantioso caudal en fiestas y fastos excesivos. Acosado por la pobreza, la pederastia y el «spleen», este dandy condenado a vivir en una época que desconocía el dandismo pensó, para seguir viviendo de acuerdo



Las adaptaciones de «Dracula» al castellano son antiguas, casi tanto como la misma novela. Ya Enrique Rambal, el creador de increíbles espectáculos, hizo en su momento una adaptación para el teatro, que suponemos más brillante que la que ahora hemos podido ver.

con sus apetencias hacer un pacto con Satanás. Y Satanás se encarnó en él, y el Negador le habitó: sacrificó a más de trescientos niños y muchachos—él confiesa más de mil, pero a mí me parece que el arrepentimiento le hizo exagerar— en ceremonias ofrecidas al Diablo. Y unía el ritual a la satisfacción de sus extraños deseos: hacía aparecer a los jóvenes por sus secuaces, que los ponían en el tormento. Cuando estaban ya a punto de expirar, aparecía él como salvador y les mandaba suspender la ejecución. Los niños entonces, agradecidos, se prestaban a sus caricias y se las devolvían de buen grado. Y entonces, en el momento del goce supremo, Gilles de Rais los estrangulaba. Le complacía, según cuenta él mismo en su proceso, abril en canal a sus víctimas y revolcarse entre sus intestinos aún calientes. Tan extraño caballero fue ejecutado en 1440, tras haberse confesado de sus pecados y mostrado el mayor arrepentimiento por ellos.

Una figura que puede considerarse, si la comparamos con el personaje anterior, un modelo de virtudes y de bondad, es la del auténtico Drácula, que luego sirvió de modelo para el personaje de Stoker. Se llamaba Vlad Tepés, el Empalador, alias Drácula o Draculea, lo que significa en rumano «el hijo del Dragón». Tal sobrenombre se debe a su padre, Vlad Dracul, el Dragón, llamado así, bien por su ferocidad, bien por ser caballero de la orden del Dragón. Drácula fue príncipe de Transilvania, señor de Valaquia, territorio primero húngaro, rumano en la actualidad; luchó contra los turcos y contra otros señores cristianos vecinos, y manifestó siempre una enorme crueldad, tanto en la guerra como en tiempo de paz. En realidad, no fue más terrible que otros príncipes de su tiempo y de su región, más asiáticos que europeos. Se cuentan de él anécdotas curiosas: como que le gustaba comer en una explanada rodeado de los cadáveres de sus enemigos empalados, porque el olor de la sangre y de los intestinos desparramados le abría el apetito. O este encantador detalle de humor negro: una vez que ciertos embajadores turcos se negaron a destocarse ante él, Drácula mandó que les clavarán los turbantes a las cabezas, cuidando de que los clavos fueran muy cortos para que no muriesen enseguida y alargar su sufrimiento. Al igual que su contemporáneo, el Rey Pedro de Castilla, Drácula tenía fama de cruel, pero también de justiciero; son términos ambos que suelen aplicarse conjuntamente a quienes detentan el poder absoluto, ya que suelen aplicar con rigor a los demás las reglas de justicia que ellos se abstienen de cumplir.

El tercer y último personaje de esta galería de

retratos es la condesa Erzeberth Bathory, de nacionalidad húngara y que vivió en el siglo XVII, una época relativamente cercana a nosotros: famosa en su tiempo por su belleza, acostumbraba preservarla con un raro cosmético: sangre de doncellas. Disponía de un artificio especial, una suerte de ducha similar a la que se utilizaba en las iniciaciones al dios Mithra, en tiempos de la decadencia romana; sólo que en éstas, el neófito era bañado en sangre de toro, mientras que en el caso de la condesa, la víctima del sacrificio era una muchacha, o varias. Así murieron unas cuatrocientas, hasta que el príncipe Esteban Bathory se vio obligado a encerrar a su hermana a perpetuidad, sin que se tengan noticias de que diese ninguna muestra de arrepentimiento. Poca huella ha quedado de su existencia en la literatura, aunque es posible —sólo es una conjetura— que el personaje de «Carmilla», de Sheridan le Fanu, tuviese algo que ver con este personaje.

DRACULA EN LA LITERATURA

El folklore se introduce siempre en la literatura, de una u otra forma: entra por las puertas del relato popular y penetra en las canciones, en el teatro, en la novela y, por último, en esa nueva forma de narrativa literaria que es el cine. Y el vampiro, personaje folklórico por excelencia, pasa por un camino más extraño: de la superstición y el folklore pasa a los gabinetes de los médicos y los sabios y, de ahí, a la literatura culta. Es un poco exagerado remontar su existencia literaria a la novela romana, al «Satiricón» o al «Asno de Oro»: se habla allí de brujas y de hombres-lobos, de transformaciones y de magia, pero nunca de vampiros. Podemos pensar, en el caso de la Lamia, recogido en la «Vida de Apolonio de Tiana», pero la Lamia no es propiamente un vampiro: se trata de un ser por completo sobrenatural, que nunca ha sido humano, y que adopta la forma de joven atractiva para devorar a sus pretendientes: es algo muy parecido al gúl de las leyendas árabes. Pero el vampiro es, en literatura, un hijo del romanticismo. Surge de la epidemia vampírica que preocupó a toda Europa a finales del siglo XVII, e incluso avanzado ya el XVIII: en Grecia y en Europa central, los cadáveres parecían abandonar cada noche sus tumbas en tropel, y dedicarse a recorrer pueblos y aldeas sembrando el terror. Catalina de Rusia llegó incluso a enviar un equipo de estudiosos, encabezados por su propio médico, para que estudiase los fenómenos



Bela Lugosi encarna perfectamente en el cine —antes lo había hecho en el teatro— la figura señorial y algo tétrica del Conde, capaz de alternar en sociedad sin mostrar de demasiado los colmillos.

de vampirismo en Hungría, Bulgaria y otros lugares.

Por otra parte, el vampiro es un personaje cien por cien romántico: su vida en la muerte, o en aquellos lugares donde la muerte tiene su cobijo —castillos en ruinas, antiguos cementerios, yermos tormentosos, tan del gusto de los románticos—, y esa relación entre el amor, la pasión y la muerte; esa idea de que cada hombre ha de matar fatalmente lo que ama —y algunos, gracias a ello, sobreviven—, todo ese carácter sombrío lo tiene todo para satisfacer el genio oscuro del Romanticismo. Y es el padre Goethe quien se inventa al vampiro: aprovechándose de la anécdota citada en la vida de Apolonio —un discípulo del mago se enamora de una joven; en la ceremonia de los esponsales, Apolonio la descubre como horrible lamia preparada para devorar el corazón y la sangre de su amante—, escribe «La novia de Corinto», y ya humaniza —esto es, vampiriza— a su monstruo, la hace ser novia muerta de un ser viviente, y vivir ella misma de deseo y de sangre. Queda ahí la lamia como la personificación más terrible del deseo, deseo insaciable vencedor de la muerte misma. Luego le seguirán por el mismo camino Hoffmann, o el conde Alexei Konstantinovitsh Tolstoi, que escribe



Otro de los actores que mejor han sabido encarnar el papel del temible aristócrata es Christopher Lee, a quien vemos aquí deambulando por las calles de Barcelona, en compañía de su hijita, a plena luz del sol. Nada en él denota al monstruo que suele encarnar en las pantallas.

«La familia del Vurdalak»; los vampiros son ya muertos que regresan.

Drácula es hijo de dos personajes de ficción anteriores a él: Lord Ruthwen y Carmilla. El primero aparece en un cuento escrito hacia 1819 por el Dr. Polidori, secretario amigo-enemigo de Lord Byron. Se trata de un hombre elegante y distinguido, proclive —como Byron, del que es una perversa caricatura— a los amores incestuosos y prohibidos, que muere en Grecia y regresa a Inglaterra para pervertir, seducir y conducir a la muerte a las más puras jóvenes de la sociedad. Carmilla nace un poco después, en 1872, y su creador es Joseph Sheridan le Fanu. Es también una joven noble, con tendencias lésbicas, muerta siglos antes y que, desde el momento de su muerte, no ha parado de seducir y matar jovencitas valiéndose de la astucia; por fin tiene lugar su castigo en un cementerio romántico, donde es asesinada por un padre vengador. Ambos personajes se caracterizan con detalles que luego pertenecerán al Conde: orgullo de pertenecer a una casta noble, persistencia en la vida —caso de Carmilla— después de siglos de haber muerto, fagosidad sexual, astucia maligna...

Bram Stoker, autor mediocre, alcanza con la novela «Drácula», mucho más romántica que gótica, el cénit de su genio. Introduce, además, en el gótico-romántico una serie de variantes que emparentan su obra con lo ahora conocemos como ciencia-ficción. Se basa en una pura especulación: ¿qué ocurriría si de verdad un vampiro existiese en el siglo diecinueve? ¿Y si ese vampiro, aprovechándose de su larga experiencia de cuatro siglos de vida, de sus poderes sobrenaturales y de cuatro siglos de progreso social y científico, decidiese trasladarse, desde su Transilvania natal, a una gran urbe como Londres, donde hay más cantidad de sangre fresca para satisfacer sus deseos? Con todo esto, acompañado de un profundo conocimiento del folklore sobre el tema vampírico, y ayudado por su pertenencia a la secta «Golden Dawn», donde pudo conocer verdaderos modelos de vampirismo, Stoker construyó una figura modélica en literatura, la encarnación de un mito, que sobrepasa los límites del vampirismo clásico para convertirse en fuente negra de horrores y de males.

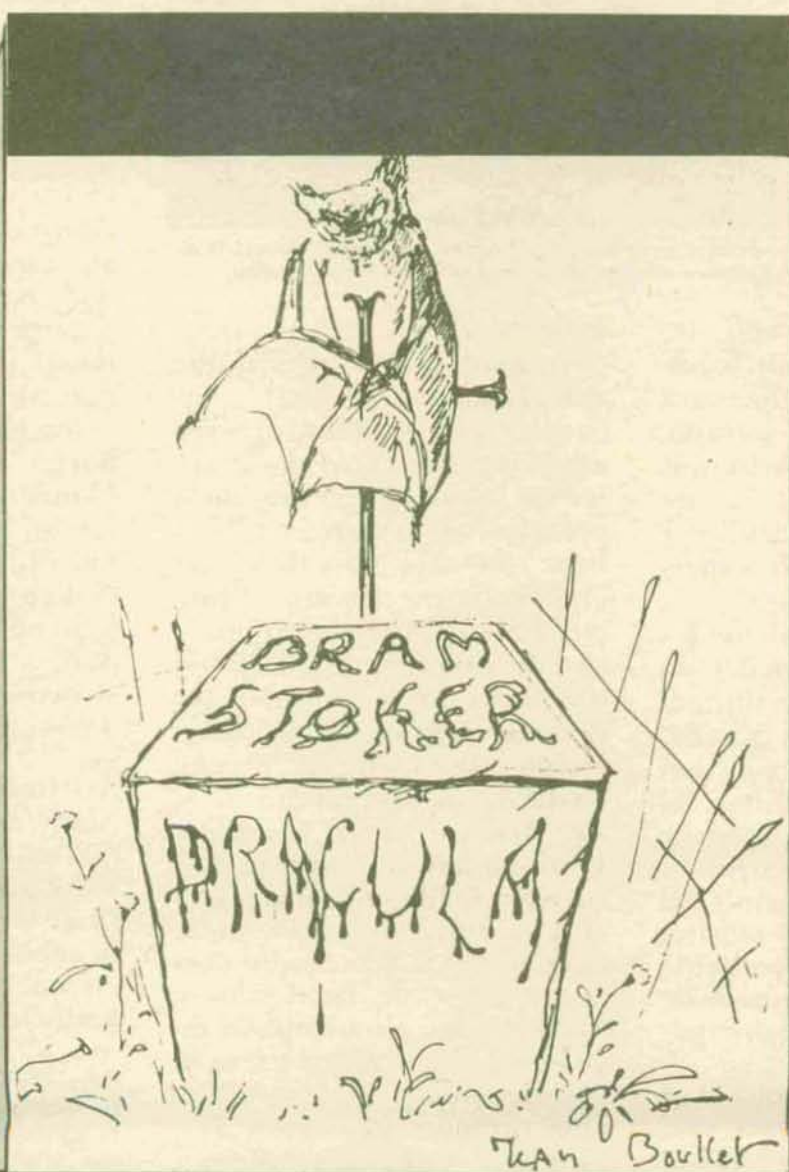
Drácula es un arquetipo; es una palabra. No se trata de un ser que pertenezca a ningún folklore particular, ni a ninguna historia: reúne en sí todos los rasgos que las leyendas centroeuropeas atribuyen al vampiro, a cuya clase en realidad no pertenece: es el Mal, el Anticristo en lucha con las fuerzas del Bien,

que forma desde la tumba un imperio de tinieblas; posee todos los poderes de las ciencias ocultas y todas las ventajas de vivir en un mundo moderno, y es capaz de presentarse en sociedad, tener tratos con abogados, comprar casas y tierras por medio de procuradores, mandar telegramas y viajar en barcos de vapor..., y, al mismo tiempo, es vulnerable a todas las armas que la superstición ha inventado contra él y los de su especie. Y es por la superstición, y no por la ciencia, como se le vence al final de la novela.

EL CINE

A pesar del éxito de la novela de Stoker, que Oscar Wilde llegó a llamar, con su peculiar sentido de la exageración artística, «la mejor novela de todos los tiempos», el malvado Conde no se hace popular hasta que llega al cine; de nuevo aquí se alía con el mundo del progreso. Y así, en 1922, Murnau realiza «Nosferatu», una de las más bellas sinfonías de

terror que nos ha dado el expresionismo alemán. Y, más tarde, en 1931, Tod Browning realiza para la «Universal» una versión de «Drácula», que marcará la pauta a todas las demás: allí actúa, por primera vez Bela Lugosi, que ya había encarnado al Conde en el teatro, y que caracteriza al personaje que conocemos: larga capa, modales afectados y aristocráticos, nariz aguileña, y la sobrenatural capacidad de surgir de su ataúd todas las noches perfectamente bien peinado, limpiísimo. Hasta ahora, tal vez más de cincuenta películas se hayan rodado en torno al personaje, o conectadas de algún modo a él. Entre ellas, hay que destacar las que ha dirigido Terence Fisher para la «Hammer Films», con la colaboración de ese excelente actor que es Christopher Lee. Y así, a través de la linterna mágica, la sombra del vampiro —convertida, por mágica paradoja, en luz— ha llegado a incidir en nuestros sueños contemporáneos. El mito perdura. Nos queda preguntarnos cuáles serán sus nuevos avatares. ■ E. H. I.



Homenaje póstumo de Jean Bouillet a Bram Stoker, autor mediocre que supo, sin embargo, crear uno de los personajes más atractivos de la literatura romántica, en la novela que Oscar Wilde definiría como «la mejor de todos los tiempos».